

AUNQUE Don Mareclino no le incluyera, en su *Historia de las ideas estéticas en España*, entre los escritores españoles que en el siglo XVI trataron de preceptos de arte, merece atención, y muy grande, á tal respecto, aquel purísimo hablista y maravilloso artífice de estilo que fué el P. Fr. José de Sigüenza, de la Orden — hoy ya extinguida — de San Jerónimo. El cual, á la conclusión de su *Historia* de dicha Orden, describiéndonos la fábrica de El Escorial, á cuya fabricación asistió, vierte no pocos conceptos de preceptiva de arte y hasta de estética, notables por su sereno clasicismo y en la más estrecha consonancia con el arte y el tono del mismo Escorial. Y á tal punto que cabe decir que no conoce bien el alma del Escorial quien no haya leído, y á poder ser en El Escorial mismo, esa reseña del P. Fr. José de Sigüenza, estético escorialense.

En el capítulo 17 del libro I de la parte tercera de su *Historia* — página 71 del tomo II de la edición de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* —, al tratar el P. Sigüenza de la Casa de Belén, en Lisboa, espejo de manuelino portugués y lo menos escorialense posible, nos dice que «Tiene esta fachada del mediodía mucho desto (de follages y de figuras y molduras y mil visages impertinentes) así en la Iglesia como en el antecoro y dormitorio, que es todo mármol, y lleno de florones, morteretes, resaltos, canes, pirámides y otros mil moharrachos que no sé cómo se llaman ni el que los hazía tampoco.»

Para el clásico y clasicista P. Sigüenza, el que un artista no sepa cómo se llama algo de lo que hace, es decir: como no sepa clasificarlo y etiquetarlo entre las formas, ya catalogadas, denominadas y consagradas, es ya bastante condenación de su obra. Y no estamos lejos de los días en que si un autor, al dar al teatro ó á la Prensa una obra le llamaba drama ó novela, se le discutía si lo era ó no más bien comedia ó cuento largo. Pero este mismo P. Sigüenza, al describir uno de los claustros pequeños del Escorial (pág. 536 del tomo II), dice de su obra que «se vea en ella que no consiste la arquitectura en que sea deste orden ó aquél, dórico ni jónico, sino que sea un cuerpo bien proporcionado, que sus partes se ayuden y respondan, aunque no sea sino unas piedras cortadas de la cantera, assentadas con arte, una encima ó enfrente de otra, que vengán á hazer un todo de buenas medidas y partes que se respondan». Y esto, ¿cómo se llama? ¿O es que los moharrachos dejan de serlo en cuanto se les da nombre? Que así cree, en general, el vulgo.

Y es que tan importante como la creación formal de algo es su denominación, á que podemos llamar su creación espiritual. Dios no puso nombre á las cosas al crearlas; pero las creó por el Nombre, por la Palabra—véase Evangelio según Juan, I, 3 — y según nos cuenta el Génesis — cap. II, v. 19 20 —, luego que formó de la tierra las bestias del campo y las aves de los cielos, se las llevó á Adán para que las diese nombre; es decir, para que las crease espiritualmente, para que las conociese.

Dar nombre á algo es, en cierto respecto, crearlo espiritualmente. Y es justo que la América se llame América, de Américo Vesputio, y no Colombia, de Cristóbal Colón ó Colombo, ya que quien de veras la descubrió al gran público de Europa fué aquél y no éste, ya que Américo fué el autor del primer libro descriptivo del Nuevo Mundo que se popularizó por el Viejo. Descubrir es dar á conocer á otros. Y hasta el que crea una denominación para una cosa preexistente, pero antes de él denominarla innominada, la descubre y aun la crea.



"Nuevo Mundo",  
Madrid, 22 agosto  
1919

Recogido en "De este y de  
aquello" tomo I





El P. Sigüenza, maravilloso estilista y creador de lenguaje, nos dice (pág. 574, t. II): «y no pienson, como ya he dicho en otra parte, que Gramático quiere dezir sólo el que trata de preceptos de la congruencia, que esa no es más que una práctica pobre, para los niños (como en la Arismética y en la Música, el tañer ó sumar y restar alguna cosa), que no es sino una parte de la Filosofía, sciencia perfecta, y que junto con esto se estiende á la buena inteligencia y interpretacion de quanto los inventores de las sciencias han escrito.» Donde vemos definida la Filología en su más elevada y noble y más moderna acepción. Acepción que no aceptan no pocos metros gramáticos de preceptos de la congruencia, de práctica pobre, como para niños, y que son en el fondo rabiosos misólogos, que es el contradictorio de filólogos.

Y el P. Sigüenza, filólogo — filólogo más que filósofo, pues que rindió más culto á la razón, al *logos*, que no á la sabiduría, á la *sofia* —, y además de filólogo, soberano artista de lenguaje, creaba el suyo. Y hasta inventaba palabras. Sospechamos, por lo menos, y hasta prueba en contrario — que pudiera muy bien venir, pues no presumimos de eruditos en lexicología —, que inventó lo de *ensangostar*, cuando dijo «que aunque á algunos se les ensangosta, á otros se les ensancha el alma, etc.» Por lo menos, no recordamos haber visto ese *ensangostar* en otra parte, aunque el Diccionario de la Academia lo registre.

Y el nombre, no ya la cosa, dicen los que de las cosas de Dios creen saber, que puede ser de inspiración divina. Todo el Antiguo y aun el Nuevo Testamento contienen pasajes en que Dios manda á los padres de un niño que le pongan á éste tal ó cual nombre, y Homero nos dice de algunas cosas cuál era el nombre que le daban los dioses junto al que le daban los hombres. Y el P. Nadal, de la Compañía de Jesús, al contarnos cómo Iñigo de Loyola, después San Ignacio, tuvo en Manresa, y á las orillas del río Cardoner, en un rapto, la revelación de que había de fundar el Instituto de su Compañía, añade que el nombre mismo de ésta, nombre que tanto se lo reprocharon, como presuntuoso y aun irreverente, en un principio sus enemigos, y sobre todos los dominicos, el nombre «de Jesús» fué de inspiración divina: *ex divina inspiratione fuisse a Deo illud nomen Societati impositum* (v. P. Astrain: *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, tomo I, libro I, c. VII).

Yo llamé á una novela, y muy novela, digan lo que dijeren los preceptistas de la congruencia, que es la titulada *Niebla*, *nivola*, y en ella misma explico este nombre, recordando lo que el ingenioso y elegantísimo escritor Manuel Machado le dijo una vez á aquel formidable preceptista de congruencias que fué D. Eduardo Benot (q. e. p. d.), y fué que al oírle un soneto, éste le dijo, por no sé qué tiquismiquis preceptivos de práctica pobre, como para niños: «pero eso no es un soneto!», á lo que Machado respondió, creando entonces, como buen artista, una nueva palabra: «no; esto es un *sonite!*» *Sonite* este de Manuel Machado que no sé cuál sea ni si lo conozco; pero que estoy seguro que ha de ser bello y, sobre todo, fino y elegante, mientras hay tantos sonetos hechos á la norma preceptiva de aquel que mandó hacer Violante á nuestro Lope, y que no pasan de ser moharrachos con nombre. Pues no le quita á un moharracho su moharrachería el que se le dé nombre y sepa el que lo hizo cómo se plasma. Y si esto de la indenominación se cree una condena en estética, ¿qué diremos en política, en moral y aun en religión? Mas de esto otra vez.—Miguel de Unamuno

Luig.

Quom.

Autobioy.

M. machado

